

EL HERALDO DEL ISTMO

—REVISTA ILUSTRADA—

Director: GUILLERMO ANDREVE.

"Bien faire et laisser dire."

La Tragedia del Toro

PERSONAJES

El Toro, El Buey, La Muchedumbre

Plaza de toros. Es la tarde. El sol brilla radiosamente en un cielo despejado. Al rededor del redondel hay un inmenso número de espectadores. En la arena, después de la muerte de varios bichos, la cuadrilla se prepara para retirarse triunfante. El primer espada cerca de una huella sangrienta está gallardo y vestido de azul y oro, muleta y espada bajo el brazo. Los banderilleros viste de plata y ocre de Oriente. En las chaquetas de los picadores espejean las lentejuelas al resplandor de la tarde. En el toril han quedado un toro hermoso y bravo, y el buey que sirve para sacar las reses de la plaza. Suena el clarín.

LA MUCHEDUMBRE

Otro toro! Otro toro!

EL BUEY

Has escuchado?
Prepara empuje, cuernos y pellejo:
ha llegado tu turno, ira salvaje,
aplausos al verdugo, al fin la muerte;
y arriba, la impasible y solitaria
contemplación del vasto firmamento.
Yo, ridículo y ruin, soy el paciente
esclavo. Soy el humillado eunuco.
Mi testuz sabe resistir, y llevo
sobre los pedregales la carreta
cuyas ruedas rechinan y en cuya alta
carga de pasto crujidor, á veces
cantan versos los fuertes campesinos.
Mis ojos pensativos, al poeta
dan sospecha de vidas misteriosas
en que reina el enigma. Me complace
meditar. Soy filósofo. Si sufro
el golpe y la punzada, reflexiono
que me concede Dios este derecho:
espantarme las moscas con el rabo.
Y sé que existe el matadero.....

EL TORO

¡Pampa!
Libertad! Aire y sol! Yo era el robusto
señor de la planicie, donde el aire
mi bramido llevó cual són de cuerno
que soplara un titán de anchos pulmones.
Con el pitón á flor de piel, yo erraba
un tiempo en el gran mar de verdes hojas,
cerca del cual corría el claro arroyo
donde apagué la sed con belfo ardiente.
Luego fui bello rey de astas agudas:
á mi voz respondían las montañas
y mi estampa magnífica y soberbia
hiciera arder de amor á Pasifae.
Más de una vez el huracán indómito
que hunde los puños desgarrando el roble,
bajo el cálido cielo del estío
sopló al paso su fuego en mis nacies.
Después fueron las luchas. Era el puma
que me clavó sus garras en el flanco
Y al que enterré los cuernos en el vientre,
y tras el día caluroso, el suave
aliento de la noche, el dulce sueño:
sentir el alba, saludar la aurora
que pone en mi testuz rosas y perlas;
ver la cuadrilla de Tritón que avanza
rasgando nubes con sus cascós de oro,
y al rededor de la carroza lírica
desaparecer las pálidas estrellas.
Hoy aguardo martirio, escarnio y muerte.

EL BUEY

Pobre declamador! Está á la entrada
de la vida una esfinge sonriente.
El azul es en veces negro. El astro

se oculta, desaparece, muere. El hombre
es aquí el poderoso traicionero.
Para él temor. Yo he sido en mi llanura
soberbio como tú. Sobre la grama
bramé orgulloso y respiré soberbio
Hoy vivo mutilado, cómo, engordo.
la nuca inclino.

EL TORO

Y bien: para tí el fresco
pasto, tranquila vida, agua en el cubo,
esperada vejez. A mí la roja
capa del diestro, reto y burla, el ronco
griterio, la arena donde clavo
la pezuña, el torero que me engaña
ágil y airoso y en mi carne entierra
el arpón de la alegre banderilla,
encarnizado tábano de hierro;
la tempestad en mi pulmón de bruto,
el resoplido que levanta el polvo.
Mi sed de muerte en desbordado instinto,
mis músculos de bronce que la sangre
hincha en hirviente plétora de vida:
en mis ojos dos llamas iracundas,
la onda de rabia entre mi pecho loca
que echa su espuma á mi encendida fauce:
el clarín del bizarro torilero
que anima la apretada muchedumbre;
el matador que enterrará hasta el pomo
en mi carne la espada; la cuadrilla
de enguinaldadas mulas que mi cuerpo
arrastrará sangriento y palpitante;
y el vítor y el aplauso á la estocada
que en pleno corazón clava el acero.
Oh, nada más amargo! A mí los labios
del arma fría que me da la muerte;
tras el escarnio el crudo sacrificio,
el horrible estertor de la agonía.....
en tanto que el azul, sagrado, inmenso,
continúa sereno y en la altura
el oro del gran sol rueda al poniente
en radiante apoteosis....

LA MUCHEDUMBRE

¡Otro toro!

EL BUEY

¡Calla! Muere! es tu triunfo.

EL TORO

Atroz sentencia!
Ayer el aire, el sol! Hoy el verdugo.....
¡Qué peor que este martirio....?

EL BUEY

La impotencia!

EL TORO

¡Y qué más negro que la muerte.....

EL BUEY

¡El yugo!

RUBÉN DARIO.

Raza que muere



La literatura argentina, rica en producciones de alto mérito, nos ofrece hoy una obra nueva, rara en América, del valiente Eugenio Díaz Romero, poeta de regia estirpe intelectual que une á la concepción magnífica del verso, una delicadeza artística de la mas alta esquisitez, que da á sus estrofas un realce asombroso y una seducción divina.

Díaz Romero no es un poeta de multitudes. En verdad, nada tan chocante como esos bardos populares, que para poder estar al alcance del pueblo tocan el límite de lo vulgar. Si el poeta es hijo del cielo, y pertenece desde luego á la mas alta gerarquía que hemos creado los humanos, no es lógico que se exprese en un lenguaje burdo y pedestre, como cualquier carretero podría hacerlo. La sencillez no está refinada

con el buen gusto, y cuando sea necesario ser sencillo no se debe sacrificar la estética á la claridad. Es preferible guardar silencio, á tocar aires vulgares en la divina flauta de Apolo, y profanar el idioma sacro que se habla en Helicon y el Parnaso. Bueno es recordar á este propósito que Jesucristo quien tenía mucho de poeta, siendo más bien un poeta que un filósofo, se encontraba muchas veces en dificultades para hacerse comprensible á sus rudos oyentes, y antes que descender á su nivel intelectual por los métodos vulgares, prefería hablarles en un lenguaje parábólico al que luego los más despiertos daban interpretación.

No importa que el círculo que rodea al poeta sea reducido. Es suficiente que ese círculo llegue á comprenderlo, pues no todos los que leen ó escuchan se dan clara noción del prodigio y son apenas sumandos más ó menos considerables de la gran masa imbecil que aplaude ó vocifera sin saber por qué.

Díaz Romero seguramente piensa de esta manera, y por eso en la obra que motiva estas líneas no usa el lenguaje sencillo de los gauchos—ya que trata de ellos—sino que tomando sus ideas y sentimientos los vierte en el más puro crisol del idioma castellano.

Hacer una obra dramática en América, y hacerla buena, es tarea magna desde luego; y si esa obra va vaciada en los nuevos moldes artísticos, esos que solo Suderman, Maeterlinck, Bjorne Bjornson y dos ó tres más han logrado, con audacia inconcebible imponer en el teatro europeo, con admiración y pasmo del público, se comprende que el autor necesita tener valor, mucho valor para acometer la arriesgada empresa, y mucho amor al Arte, mucho cariño al Ideal, para sacrificar, cosa rara en estos tiempos mezquinos, el aplauso colectivo y la popularidad ante la belleza y pureza de la obra esquisita. De esto saben bien en América con Díaz Romero, unos pocos literatos hercúleos, entre ellos Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Santiago Argüellos, Leopoldo Díaz y Angel de Estrada, que no sacrifican en el Templo de Pópus, ni comen en la Suburra intelectual callos con ajos, fuertes en sabor y en olor.

Como muy bien dice Díaz Romero, su drama por ahora no irá al Teatro. Es tan pequeño todavía el Teatro americano que esa obra no cabría en él. Preciso sería echar primero todos los convencionalismos echegarayescos agazapados, en los rincones, y limpiar minuciosamente de prejuicios el edificio, para alojar las grandes obras nuevas. Y apenas comienza á esbozarse esa faena entre nosotros con los avances de un Dicenta que desde España, y con el visto bueno de los públicos peninsulares, viene solamente como un precursor, pues aún sus obras conservan la señal de factura de los viejos moldes.

Ajustándolo á la realidad completamente, *Raza que muere* tiene un argumento bastante sencillo. No es posible encontrar en él—á pesar del símbolo que encierra—complicaciones ni hechos extraordinarios fuera de la humanidad. Estudio de almas mas bien que narración de sucesos, tiene un profundo encanto interior que palpita en los versos sonoros y que nos hace seguir el desarrollo de la acción con un interés cada vez mayor. Trataremos de

que ha conocido en la ciudad á un joven gallardo, inteligente y noble, llamado Arturo, y escuchado de sus labios frases de amor, tiene ya cautivo el corazón, siente una viva repulsión por el rudo compañero que su padre quiere darle, y se resiste con uno ú otro pretexto á tomarlo por esposo, desafiando la cólera de don Toribio, que acostumbrado á ser obedecido llega hasta la violencia con su hija al ver que por vez primera no se pliega á su voluntad. To-



BOCAS DEL TORO.—TAJAMAR.—Albañiles concluyendo el muro.

exponer el argumento someramente á nuestros lectores ya que no nos es posible hacer un estudio meditado de la obra ó siquiera copiar trozos de ella, pues tendríamos que copiarla toda, dificultándose la escogitación.

Don Toribio Gómez es un tipo acabado del gaucho argentino, de ese gaucho ya casi legendario, que todos suponemos, y con razón tal vez, bravío, generoso y sentimental, siempre á caballo por las vastas pampas, con el lazo en el arzón, el machete al cinto y la guitarra colgada á la espalda. Poseedor de algunos bienes, don Toribio es fiel conservador de las tradiciones gauchas y un enemigo terrible del hombre de las ciudades que considera débil y enclenque hasta el ridículo. Exagerado en su autoridad á pesar de su bonhomía no admite réplicas ni contradicciones. Lo que él dice eso es, y eso debe hacerse. Sus dos hijas Esperanza y Aurora son dos hermosas muchachas á quienes adora y á las que cediendo á los ruegos de unos parientes mandó educar á la capital, en donde gracias á la riqueza de su padre figuraron en la primera sociedad, resultando de todo esto que se desarrollara en sus pechos el amor á la vida civilizada y un disgusto grande por la vida del campo que Aurora sabe disimular lo más posible para evitar disgustos á su buen padre y que Esperanza manifiesta sin embozo. Sin atender don Toribio á estas manifestaciones de su hija Esperanza resuelve casarla con un bravo mozo llamado Basiliano, hábil en desjarretar un toro y echar un lazo, y como él lo ha resuelto debe ser así. El desarrollo del drama comienza desde este momento, pues Esperanza

dos los sufrimientos de Esperanza y todas las cóleras de don Toribio las conoce Arturo, quién con pretexto de hacer una compra de animales ha llegado á la hacienda, en donde permanece más de un mes, y resuelto á poner término á tan triste situación decide hablar al viejo hosco y pedirle la mano de su hija, cosa que evita Aurora temerosa de que su padre descargue toda su cólera contra Arturo, y se ofrece á hacerlo ella, como en efecto lo hace. La irritación de don Toribio no tiene límites al saber que Esperanza y Arturo se aman, y creyendo que este último se ha burlado de él quiere buscarlo y provocarlo, lo que no logra, porque prevenido ya por Aurora, Arturo ha abandonado la hacienda y está lejos.

Basiliano, que ama con locura á Esperanza no se explica la causa de su obstinación en no quererlo por esposo, y un buen compañero se encarga de haérsela conocer. Desde entonces no piensa el bravo gaucho sino en vengarse de una manera sangrienta, del "mocito ridículo de la ciudad, que le ha trastornado el seso á su prometida", y en su alma aloja dos sentimientos terribles: el uno de venganza contra Arturo y el otro de amor, un amor cada vez más grande hacia Esperanza, que lejos de disminuir con los desdenes de esta crece violentamente.

En tal situación viene el desenlace final. Arturo, deseando poner término á un estado anormal tan enojoso, escribe á Esperanza solicitando una cita en la alta noche y en su misma alcoba, á la que ella, de acuerdo con Aurora, y después de algunas dudas, accede. Teme la enamorada niña que Basiliano esté en asecho

algo suceda á su amante, pero Aurora, la buena hermana, le jura velar por él durante la entrevista y Esperanza queda ya más tranquila por que tiene fe ciega en ella. Llega, pues, Arturo y ocurre entre él y la hija del viejo gaucho una escena culminante de amor, que describe con nervio Díaz Romero, y que termina como es fácil suponerse por un proyecto de fuga propuesto por el doncel y aceptado valientemente por la doncella. Y cuando se disponen á efectuarlo se resuelve el drama. Basiliano, enamorado celoso é insomne suele á veces pasear por bajo las ventanas de su Esperanza. Esta noche lo ha hecho así, y ha sentido rumor de palabras y ha visto la sombra de la dama en el marco de la ventana. Como hombre ingenuo Basiliano ha creído en el primer momento que la ingrata, cansada al fin de serlo lo llamaba y lo esperaba, y presa de repentina alegría se acerca más. El desencanto es inmediato; vé la sombra de Arturo, escucha sus palabras, y se desencadena en su alma horrible tempestad. Decide terminarlo todo esa noche, y acarician-

do su daga, se dirige rápido á la casa cuyo umbral franquea. Avanza sigiloso unos cuantos pasos soñando con la muerte de su rival y de pronto se siente herido, vacila y cae. Es Aurora que ha cumplido su ofrecimiento, y valerosa, ha clavado su cuchillo por la espalda á Basiliano. Se apresura el final, corto y rápido. Arturo huye solo por la inmensa pampa; Esperanza queda aturdida por el acontecimiento; únicamente Aurora conserva su calma, y cuando su padre que ha acudido con otros al sentir ladrar los perros, halla el cadáver, ella se presenta y con entereza se declara autora del crimen.

Este drama de Díaz Romero no tiene como puede comprenderse nada fuera de lo natural. Somete á estudio caracteres tan diversos como los de Esperanza y Aurora, Arturo, Basiliano y don Toribio. Es un pedazo de la vida trasladado con energía al papel. Apenas si sale del nivel común esa Aurora, hija buena y hermana amantísima, que no vacila en dar un golpe de puñal para librar á su hermana de la furia

celosa de Basiliano y que luego con una entereza griega confiesa el crimen á su padre. Estudio de almas he dicho ya al principio que es *Raza que muere*, y me afirma sobre todo en esta aserción la conducta noble de Aurora.

Lunares y defectos en la obra del insigne argentino, hay, aunque para mi juicio en poco número. Alguna vez, muy ligeramente, se falsea la realidad, como en la declaración que de su amor por Arturo hace Esperanza á Aurora. En la estructura del verso á veces decae, falto de vigor, como si el cansancio de la obra prodigiosa hubiera invadido por ratos al poeta. Pero estos lunares y estos defectos y esto-decaimientos, que como vuelvo á decirlo son pocos en número y en valor, no le quitan es gran mérito que tiene á la obra del poeta, que inicia nuevos rumbos en la literatura y el teatro americanos.

Guillermo Andreve

◀ Cinematógrafo : Campestre ▶

III

RETRETA EN EL BARRANCO.



EL tranvía, á poco de partir de la estación, adquiere su velocidad máxima. Y por la ventanilla desfilan las manifestaciones externas de la noche, con irreales de ensueño. Es jueves; hay tibieza en la atmósfera, y en lo alto impera una inmaculada serenidad de azul. La luna, declinante en el plano de occidente, sobre fondos argenteos pinta objetos y paisajes, con la delicadeza de un artista enamorado de las tonalidades pálidas y de las líneas imprecisas. A veces, la claridad lunar reviste apariencias de crepúsculo; y entonces el trozo de pradera, cuyos verdes cromáticos dijérase embebidos por una sombra cerúlea—es para la mirada impresionista, con sus perspectivas insondables, sus boscajes fantásticos y las manchas negras de los rebaños dormidos, como grandes lienzos donde palpitara el alma pictórica de Corot, con todas sus íntimas, sugerencias melancólicas.

Después le Miraflores, aparecen á la derecha grandes espacios marinos, de agua en que reposa, cual en quietismo de éxtasis, la vida móvil de la ola... Se llega al Barranco. En seguida al parque; y las pupilas se contraen rápidas ante el deslumbramiento del conjunto. Grupos de hombres y mujeres jóvenes pasean por los senderos, en cuyo pavimento las luces eléctricas proyectan los encajes caprichosos de las ramas. En el aire sonoro, oyense cuchicheos de voces frescas; pisadas breves, roces de telas vaporosas, abajeos de abanicos, y todo aquello en un iris viviente, circulando ante los ojos, entre ondas de perfumes femeninos. En un kiosko, la banda toca su repertorio con intervalos cortos, y las notas saltan y giran armoniosamente en toda la plaza, como un canoro regocijo de la noche... El que observa ve pasar á las parejas y los grupos, y detalla flexibilidades exquisitas de bustos, purezas lineales de rostros, mariposeos de sonrisas, elegancias irreprochables de trajes, embellecedores del natural donaire de los cuerpos, todo un primaveral conjunto de hermosura, capaz de dominar voluntades, quebrantando viejos hábitos de independencia...

En esto, pasa una chicuela que apenas se alza del suelo. Y hay algo impresionante en ese comienzo de mujer. Su tamaño, su figura, no acusan más de cinco años. Viste de negro, y su vestido revela lujo: empero tiene ese atavío un no sé qué triste, como de cosa fúnebre. Es linda, y sin embargo su aspecto causa un secreto pesar. Sonríe á la multitud gozosa, y no

obstante, hay una como inconsciente melancolía en su rostro. A la entrada de un sendero se detiene; permanece unos segundos pensativa, y luego desaparece, internándose en la sombra espesa de un bosque. Y el que la observa, la sigue con deseos de indagación...

En un rincón de la plaza, apartada del bullicio, una mujer, solitaria en la banca, toda enlutada, recibe en su regazo á la chicuela. Bajo la toca negra, su faz, pálidamente bella, revela distinción y juventud. La luna, filtran-

Es siete años antes, en invierno, en la tarde, en el interior de una iglesia, resplandeciente de luces y de concurrencia. La orquesta llena la acústica propicia del recinto con una marcha triunfal; y por el centro de la nave mayor, la comitiva avanza hacia el presbiterio, cuyo altar se destaca en una glorificación de cirios y de adornos florales... Cuando termina la ceremonia, del brazo del esposo, brillante y á un mismo tiempo pudica, vuelve en la vía. Su veste nupcial roza sonoramente el



BOCAS DEL TORO.—Oficinas de la "United Fruit Company."

dose por entre el follaje, la envuelve en su luz fantástica, circundándola como de un nimbo opalino. Semeja así una hermosa personificación del sufrimiento, como el emblema artístico del dolor... Quien la contempla recuerda esa figura encantadora de mujer, vista en épocas anteriores, dentro del carruaje flamante, ó en el desfile fastuoso de los teatros. Y este recuerdo le trae una serie de visiones, las cuales, por natural asociación, terminan con un cuadro muy distinto del presente.

piso con la amplia cauda. Bajo la bruma del velo, marcha, con la cabeza inclinada, donde se mezcla la nieve de los azahares con el oro de los cabellos; y sus lindos ojos verdes están hechidos de esperanzas. El cortejo se aleja en un triunfo de esplendor mundano... Después, los primeros meses de desposada, indescriptibles de delicias; los dulces sueños de amor, los inquietantes misterios pasionales, hechos tangibles en realidades y revelaciones infinitamente venturosas. Luego, durante cuatro años, la

paz bendita del hogar, con una alba desbordante de alegrías, la hija... Pero llegó la robadora de dichas; y la novia de entonces es la viuda de hoy: el traje blanco se cubrió de sombra. Ah! las mutaciones de la existencia! ¿Quién puede asegurar que mañana este vestido de duelo no se tornará otra vez blanco? Sólo que ese día ya no lucirá los azahares sobre la cabeza rubia...

* *

La chichuela, con voz gorjeante:

—Mamá ¿por qué no paseas allá, como las demás señoras?

La madre, por toda respuesta, besa á la hija.

De nuevo la niña:

—Mama, esa señor que me da bombones me dijo que te saludara... y me dijo que si íbas á bañarte mañana...

La viuda mira lejos, silenciosa.

Y se deja al grupo de madre é hija en su banca solitaria, y se regresa á las avenidas centrales, las rondas vistosas de las parejas femeninas continúan circulando por todo el parque. Se las ve pasar victoriosas de juventud y júbilo. Ellas no tienen por qué pensar en los cambios dolientes de la vida y sueñan quizá con el velo blanco, flotante, como una niebla sobre el blanco traje, en noche de ansiados, desconocidos goces. Y van y vienen en la plena luz de los focos eléctricos, entre las ondas musicales de la orquesta y las embriagantes de los perfumes, regando las sonrisas de los ojos y los destellos de las bocas rientes, ante la noche tibia, divinizada por la luna, en su lento vuelo de luz...

IV

ANCON

La monotonía del trayecto, en la lentitud del tren, la aminoran, á trechos, los verdes rientes de los cañaverales, estremecidos por la brisa matutina. El calor es fuerte: el sol arde en el éter, limpio y metálico como el azul del acero. Cuadros de pasto amarillean, ajedrezando los flancos del camino; y trepan suaves pendientes, para desbordarse, en mareas vegetales, por la base de colinas áridas, color de herrumbre. Aisladas entre los plantíos de caña, aparecen chozas, de arquitectura rústica, como de la época precolombina... El convoy avanza con la parsimonia de las diligencias arcaicas. Las vistas circundantes se reproducen invariables. Las colinas se multiplican; y por sobre ellas, la serranía andina, en la ilusión de su pulimento de azul, muerde, con su dentadura de conos, la fluidez del cielo, vibrante de luz. Y la uniformidad de las visiones externas rechaza la observación dentro del coche, lleno de excursionistas de baños.

En el fondo, dos sacerdotes, uno anciano, otro joven, decrmitan. Como el eco imperceptible de sus rezos mentales, sus labios se mueven con intermitencias, esbozando silabeos de palabras no emitidas. Cerca de ellos, dos señoritas hermosas y gentiles en su distinción espontánea, derraman gracia atrayente en la atmósfera letárgica del interior. El amigo acompañante lee un diario. En un "vis á vis" de sofás, una familia, el padre, la madre y tres niñas. Su aspecto es extranjero: el inconfundible tipo de la Europa del norte. El hombre, próximo á los cincuenta años, fuma. La mujer es todavía joven; viste con elegancia. Cabe llo rubio, muy claro; ojos celestes; frescura en la piel; carnación opulenta, á lo Rubens. De las hijas, las menores son gemelas; están en plena infancia. La otra, con gravedad núbil, inicia su adolescencia. Las tres son también muy blancas, muy rubias; empero, entre las gemelas y la mayor hay una diferencia absoluta. Aquellas, plétoricas de lozanía, son como la corporización de dos sonrisas de la aurora. Su gozosa infancia les borbotea en el rostro. Hablan, rien,

Es muy pálida, casi exangüe, extremadamente delgada. En su faz de líneas clásicas, se advierten las huellas producidas por esas anemias profundas, originarias de neurastenias consumidoras de todos los vigores, de todas las energías. Enfermedad multiforme, incoercible para la ciencia, cuyo asalto misterioso en los organismos femeninos—cuando llegan á la época del desarrollo—resulta inexorable. Y pone fiebre en los ojos, amarillez de flor mustia

El paisaje sahárico sigue, sin modificación, por más de media hora, ofreciéndose á la pereza zigzagueante de la máquina. Al fin, como en el límite de una playa enorme, aparece el mar, claro y sereno. Luego, unas cuantas casas, entre islas de verdura; y el convoy se detiene frente al hotel del balneario, sombreado de árboles. Los bañistas bajan á prisa; la familia extranjera, con la calma de quienes llegan por temporada larga. Entre el hotel y la



BOCAS DEL TORO.—TAJAMAR.—Obreros trabajando en el muro.

en las bocas, congojas en el pecho, tristezas indefinibles en el alma. Así corre rápidamente las savias vitales, y convierte á la niña-mujer en algo semejante á ciertas extrañas orquídeas, incapaces de resistir las frialdades del cierzo y los fuegos del sol... Los ojos de la enferma, circuidos de ojeras, parecen abrirse inmensos, cargados ya de sueños nostálgicos, de percepciones infinitamente lejanas. Y esa fisonomía tan triste, tan llena de estenuación moral, en un cuerpo de diez y seis años, á lo sumo, engendra simpatía, porque trae el recuerdo de algunas tumbas, cuyo epitafio por el nombre y las fechas, evoca un principio de primavera muerto bajo una helada intempestiva...

El tren deja atrás las últimas vegetaciones de su ruta, internándose en un desierto de arena, en el cual la profusión de médanos simula un mar gris, solidificado en instantes de borrasca. Y el pensamiento se convierte de nuevo hacia la enferma ¿Qué será de esta apenas entreabierta flor humana, allá, al borde del océano, donde á veces soplan aires nocivos para los pechos frágiles, las sangres cloróticas, las neurastenias agudas? Mas quién sabe cuánta esperanza hay aún en sus padres, en ella misma! Los niños y los enfermos adoran la inmensidad... Pero si la sonrisa del niño tiende sobre el mar alegrías sonoras y claridades róseas de albricias, la de unos labios marchitos, en semblantes de juventud enfermiza, traza, sobre cada ola moribunda en la playa, un reflejo melancólico de ocaso, desvanecido luego furtivamente cual si lo absorviera el cielo. Así, mientras las gemelas se agitan y alborotan la calma

ensenada, un kiosko para las retretas nocturnas. Desde aquél y éste parten líneas rectas de chalets, ligeros, aiosos, en el fondo de acuarela de la mañana radiante. Por los portales de la primera fila pavimentados de madera, grupos femeninos pasean, ó se dirigen al punto de los baños. En los huecos de las puertas y ventanas, caras conocidas de veraneantes. Bordeando los chalets, á manera de calle, la rambla cenicienta; y hasta muy cerca de ella, el murmurio de la ola benigna, del agua del ancon, tersa y espejeante. Al desozer su cristal sobre la arena, lo hace con la ternura de una caricia materna y el ritmo de un arrullo... Así se llega á la casita de baños. El balcón domina la playa de donde sube el chapoteo de los bañistas. A la izquierda, inmediato, se eleva el cerro, y se prolonga, degradándose unos doscientos metros, hasta recortarse, en acantilado, sobre el océano. Su tinte austero, de negror envejecido contrasta con el ambiente risueño del caserío y la manselumbre de la onda, cuyo azul lumíneo lo altera tan sólo el ala nivea de una barca pescadora. Se aleja impelida por la fresca brisa, sobre la quieta superficie, como el deslizarse de un trineo.

El pensamiento, monotonizado por la tranquilidad de las cosas visibles, se aparta de ellas, y reconstruye el cuadro de la familia extranjera: el padre, la madre, la gemelas, la niña pálida, triste. La silueta negruzca del cerro se asocia al cuadro. Se retrocede en el tiempo, y con las pupilas entornadas, se sueña con los paisajes escoceses de Walter Scot.

Entonces, el pernétuo ambiente tibio de

el glorioso barniz de los siglos. El océano, todo crespado y espumoso, muge sordamente, cual si sintiera dolor al amamantar el infinito cosmos de vidas palpitante en su seno. El sol tiene el lánguido lustre de una vela patena. En el torreón vetusto flota al viento el estandarte del "laird," y á la distancia, la zampoña de un pastor canta una balada de Ossian, cuya melodía se desgra-

na melancólicamente en la lividez crepuscular de la tarde. Y en esa decoración, en un ángulo de la sala, vasta y simple, á la luz de la lámpara de bronce, mientras el padre hojea manuscritos antiguos, la madre borda, y las hermanas menores escuchan de la abuela nevada de años, alguna leyenda—equilibrando así, con la concentración del cerebro, el excesivo ejercicio muscular de los re-

cientes juegos en el llano—la virgen hoy enferma, transfigurada allá en rosa de salud, desbordante de lozanía, atenta á todos los ruidos de la noche, como en la espera de un ausente, sería la castellana prometida del cruzado poeta, ya de retorno á la patria, al hogar, al amor....

DARÍO HERRERA.

Lima, Enero.—1906.



REPRODUCCIÓN DE LA PORTADA DEL "ALMANAQUE ISTMEÑO ILUSTRADO."

UNA OBRA NUEVA

Salido de las prensas de la TIPOGRAFÍA CHEVALIER, ANDRÉ & CIA., editora de esta Revista, está ya en circulación el "Almanaque Istmeño Ilustrado" de este año, en una bonita edición llamativa y manuable.

En la confección de este almanaque se ha tenido el cuidado mas minucioso y desde luego el material de lectura, todo escogido, es á un tiempo de utilidad y de recreo. Anotaciones oportunas sobre los distritos de la República,

casi desconocidos entre nosotros mismos, y con mayor razón en el extranjero, tarifas de cables y telégrafos, listas de oficinas telegráficas, nómina de autoridades de la nación, y otros muchos datos importantes hay en la obra que la ameritan en extremo.

Las efémerides, en cuya selección ha puesto todo empeño el señor don Juan B. Sosa, autor de la parte más importante del libro y profundo conocedor de nuestra historia nacional,

ponen de manifiesto el interés que la obra ha merecido de parte de sus autores.

En lo tocante á literatura hermosos cuentos, versos alegres, epigramas y chascarrillos picantes harán reír un buen rato á los lectores, disipando las sombras del más misántropo de ellos.

Los grabados, de los cuales la portada que hoy reproducimos y la despedida del año son magníficos, han sido trabajados por el inteligente y hábil artista don Carlos Endara, grabador de esta Revista y socio de la bien acreditada casa de Artes Gráficas de C. Endara & Cia.

Recomendamos sin reservas á nuestros lectores hacerse á la mayor brevedad de un ejemplar de este Almanaque, cuyo módico precio, un peso plata, lo pone al alcance de todas las fortunas.

Fragmentos

Del libro: *Cuentos parati.*

Y la tristeza, infinita de la proximidad de la hora cruel de tu partida, llegó para nosotros. Tú, toda de blanco, con tus brazos mármoreos desnudos, llena de profunda melancolía, mientras mis manos acariciaban tus manos finas y aterciopeladas, fijaste en mí tus ojos verdes, profundamente verdes y brillantes, ojos llenos de fuego pasional en los que todo s belleza, á veces tranquilos como la superficie de un lago, á veces radiantes y lleno de misterio.

Y las palabras que poco á poco mi pasión hacía llegar á mis labios, ellos las desgranaban, llenos de sinceridad, en tus oídos.

Afuera el mar vecino sollozaba con tristeza ó rugía como lleno de ira por tu marcha; sobre las calles desiertas y silenciosas una luna melancólica derramaba su luz anémica y la brisa en los árboles del patio monologaba una amarga canción de adiós.

Entonces las palabras tan deseadas, la confesión suprema, brotaron de tu boca sangünea:

"—Sí: lo que quieras.... Yo nunca te olvidaré!....."

Y después, como una sombra negra sobre el cielo plácido de nuestra dicha, la separación ineludible. Recostada en la barandilla del vapor, la emoción no te dejaba hablar mientras yo descendía á prisa por la escala para tomar el bote; los remos chocaron contra la superficie del mar, alcé los ojos y los tuyos, fijos en mí, volvieron á repetirme:

"—Sí: lo que quieras... Yo nunca te olvidaré!....."

Y vive aún en mi memoria tu recuerdo y creo escuchar el sonido grato de tu voz arrulladora y dulce; me parece que todavía tienes fijos en mí tus ojos verdes, llenos de misterio como los grandes lagos y que ellos para darle bríos á mi espíritu me dicen como tus labios aquella noche inolvidable y bella:

"—Sí: lo que quieras.... Yo nunca te olvidaré!....."

ROMEO.

Matrimonio de Alicia Roosevelt



Uno de los acontecimientos mundiales más notables del mes pasado ha sido el matrimonio de Miss Alicia Roosevelt, hija primogénita de Teodoro El Fuerte, con Mr. Nicholas Longworth, Senador al Congreso de los Estados Unidos por el Estado de Illinois, y ricohombre ganadero del Este.

La ceremonia—celebrada en la casa Blanca—fué, según leemos, muy sencilla, de un subido color democrático y de acuerdo en un todo con el carácter del Presidente Roosevelt.

Los regalos que obtuvieron los novios con

motivo de su enlace fueron numerosos y algunos de gran valor, no escaseando los cheques contra Bancos acreditados, por sumas gruesas.

Los recién casados, concluida la ceremonia salieron para la Habana en viaje de novios, y allí en la Capital de Cuba fueron muy atendidos por los conciudadanos del gran Maceo, destacándose, entre las numerosas fiestas que para celebrar á los nuevos esposos se organizaron, un baile dado por el Presidente de la República al cual concurrió lo más notable de la Isla.

Para muestra basta un botón. Importenos, ahora bien, muy poco qué cosa alza la luciérnaga, pues no debemos sino llorar la orfandad de la misma... tan joven y tan abandonada como queda la pobrecita!

¡Nuestros diplomáticos!.....

¡Nuestros hacendistas!.....

¡Desgraciados!

Conservo carta de uno de ellos, en que me dice que "no había tenido HOCACION de contestarme antes por falta de tiempo." ¡Ya lo creo! ¡Si lo gastó en escribir ocasión con h y con e!

Pues del mismo modo la emprenden con la palinodia, de que no he hablado aún. Horacio—libro i, oda 16,—Watts, Samuel Butler [y mil más, quedarían aplastados en ciertos "países" de algún Continente.

Y, como ellos, la palinodia la canta cualquiera—cualquiera que no sea un estúpido. Conoci, por ejemplo, á

alguien que ni dormía ni dejaba dormir, según eran de agudos los dolores que sufría en esta ó la otra parte del cuerpo. Llegó un médico al pueblo y con singular suficiencia, dijo: "Le curo á usted." Comenzó el paciente con unas pastillas que le permitieron dormir tranquilamente catorce noches. ¡Ah médico bueno y pastillas tan prodigiosas! se exclamó—naturalmente. Pero... al amanecer del décimoquinto día le llovieron al "Galeño" más garrotazos que piedras á tablado, y con razón también, pues el enfermo reventó como globito de caucho, esa misma mañana, y todos llegaron entonces á la convicción de que las prodigiosas pastillas habían sido de....dinamita, cuando menos.

Si no encuentran la moraleja de esto es porque no quieren....

LINO M. DE LEON.

LA PALINODIA

MARCHAMOS á la desfilada; pero... ¡con un humillo! Y sonamos la sarta de espantavillanos con tal arrogancia.... la misma con que el caballo sacude sus cascabeles.....

¡Nuestros poetas! Quiero que francamente se me diga cuándo en América hemos tenido uno solo del lirismo de Núñez de Arce ú original cual Campoamor.....

¡Nuestros políticos! ¡Quiá! Si la nota más infamante entre nosotros es lo que en Francia consideraba Gambetta timbre de orgullo: ser oportunista.

De las filas de los que escriben con tinta roja—sangre, exterminio, horror.... muera la esposa infiel! muera el tirano!—porque, si no, no son soldados de la Libertad, es de las que precisamente he visto salir á los déspotas más groseros.

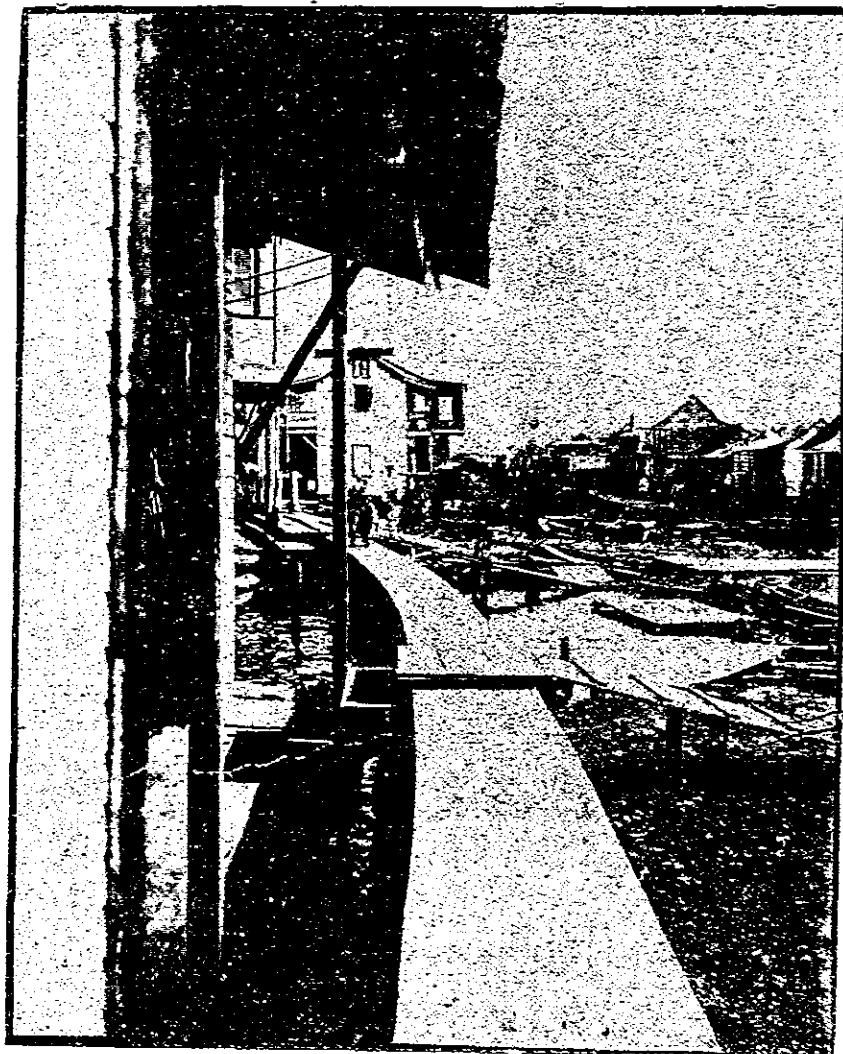
La sindéresis de nuestros pueblos es—si cabe la expresión—sindéresis asnal: por aquí meto la cabeza y... ó me abro paso, ó dejo el hocico pegado á la pared de enfrente.

¡Nuestros militares... y en cada cinco mil habrá uno que sepa dónde le queda la mano derecha; y en cada uno de nuestros "hechos de armas" hay más insultos que disparos y más proclamas que muertos, y, en la acepción del disparate, más disparos que todo...!

¡Nuestros periodistas! ¡Oh! para tocar el bombo ó el violón sí que no hay—es la verdad—quien nos iguale. Dice uno de esos tales, refiriéndose á cualquier poetaastro de los que se inspiran en los ojos del gato que con sin igual dulcedumbre maúlla en el tejado de la adorada Pepita.... dice—repito—los primores que nunca ha oído, desde la creación del mundo hasta nuestros días, persona alguna de valimiento. Pero... ¿á que no saben ustedes la causa de tanto entusiasmo? Yo sí: que días antes el "poeta" le había mandado al "periodista" una des-composición con la siguiente dedicatoria: "A mi 'sabio' amigo el 'insigne escritor' don Perico de los Palotes, Redactor—Jefe de *El Camaleón*". Perico que no tiene nada de lardo, se guardó la producción "poética" en la cartera y la publica, cuando es tiempo de hacer creer que lo de la dedicatoria—porque Perico es, además, modesto—se debe á gratitud de su protegido, como lo hace constar en gace-

tilla escrita con.... los pies. La des—¡vamos! la composición—de que antes he hablado, comienza así:—

"Cuando la huérfana luciérnaga alza"....



BOCAS DEL TORO.—EL TAJAMAR.—Una vista parcial.

JOYALMENTE



A tarde, luce su corte de fulgores grises. El horizonte está adornado de nubes rojas que parecen fuchsias narchitas. El muriente sol derrama el champaña de su luz sobre el nonstruo coronado de azucenas que es el mar. Espiran las olas sobre la arena, tristemente.

Medito:—Así como hay goce en ocultar nuestros sentimientos, así también hay goce, un goce extraño y dulce como el más dulce de los pesos de una mujer infinitamente deseada, en hacer voluntariamente sufrir á los demás. Digo voluntariamente, porque sólo considero satisfactorio el goce consciente, sabio, rebuscado. La sorpresa, cualquiera que sea, es néctar para labios vulgares.

Hago una pausa. Continúo:

—Se habla con frecuencia de un goce que se

siente cuando somos presa del dolor. Esto es como si se dijera que en el fondo de las charcas inmundas hay piedras preciosas engarzadas en corales por peces orfebres, enamorados de la Belleza. He llegado al convencimiento, después de largas meditaciones, que el llamado *goce del sufrimiento* no es más que una tontería hija de la importancia que dan al dolor los hombres que han sufrido mucho. Me refiero al sufrimiento moral. El sufrimiento físico sí produce placer. Mejor dicho: el dolor físico es uno de los caminos que conducen al palacio, lleno de encantos y de perfumes sutiles, del goce. Los ascetas y los mártires conocen bien ese triste camino.

Hago una nueva pausa. Prosigo:

—Me he dicho, de paso, que hay goce en ocultar nuestros sentimientos. Ahora agregó que ese goce se hace casi divino cuando conseguimos ocultar nuestros sentimientos tras la máscara de la sinceridad. Esto último es patrimonio

de los maestros en hipocresía, arte raro. Apesar de que creo en la rareza de este arte, que rodea á los que lo practican hábilmente de un bello nimbo de exquisita aristocracia, me digo á veces que en el mundo todos somos más ó menos hipócritas y que el hombre no es sino símbolo encarnado, andante, vivo, de la hipocresía.

Nueva pausa. Sigo luego:

—Después de todo, la hipocresía es beneficiosa, porque nos hace desconfiados y la desconfianza es escuela de buen vivir. El trato con hipócritas hace, á los espíritus vírgenes de toda malicia, prevenidos, astutos, fuertes (la astucia es fuerza). Si yo fuera filósofo, y fuera un filósofo valiente, diría que el Mal cabalga sobre el Bien para beneficio de los hombres.

Interrumpo mi meditación y me pongo á mirar el horizonte, que está adornado de nubes rojas que parecen fuchsias marchitas.

PEDRO SONDEREGGER.

El Canto de las Islas

Versos de Solón Argüello.—
México—República Mexicana—
1905.

SOLON Argüello, hijo de la tierra de Rubén Darío y Pedagogo de la Escuela Normal Superior de Tepic (México), acaba de dar á los fogosos vientos de la publicidad hispano-americana, su raro *Canto de las Islas*.

Extraño al par que sonoro nos suena el nombre de este exótico y hasta hoy para nosotros desconocido bardo nicaragüense, cuyas estrambóticas rimas tienen el encanto maravilloso que tendrían los poemas de Valmiky, si fuesen leídos en una gruta de balada germana, que fuese al mismo tiempo salón de baile parisien.

Porque á mí se me antoja que los poemas de Solón Botello son selvas oscuras y medrosas, en las que á veces penetra como con piedad algún extraviado rayo de sol; un laberinto salvaje, propio para aquelarre de brujas en noches de Sabbat, y de la que diríamos con Dante:

«Ahi! quanto a dir qual era, é cosa dura.
Questa selva salvaggia ed aspra e forte.
Che nel pensier rinnova la paura!»

Sabemos por el mismo poeta que es altivo; que odia las multitudes; que ama las vírgenes cloróticas y dialoga con esqueletos de macabras visiones opiogénitas; que ha sorprendido los misterios de veinte mil hechiceras; y sabemos también, por *El Canto de las Islas*, que todo eso es una caricatura dureriana ó holbeiniana, triste, cuanto más oscura.

Después de todo, Solón Botello tiene el talento de la originalidad, pero de esa originalidad subterránea que fluctúa entre Hoffmann, Poe y algún poeta sentimental que, magüer ateo, ama el cielo y los claustros antiguos y leprosos, cargados de silencio y de siglos... tal vez por la tristeza que en su ánimo neurótico despiertan todas aquellas religiosas fatigas y melancolías.

No hallamos á quien comparar este raro célebre. ¿Baudelaire? No. ¿Verlaine? No. ¿Becquer? Tampoco. Sólo hay algo y alguien comparables al autor del *Canto de las Islas*: una mixtura literaria y Solón Botello.

¿Qué original es Solón Botello?

I.

LA CIUDAD DE PANAMÁ" cuya importante obra están editando en los talleres de la TIPOGRAFÍA CHEVALIER ANDREVE & CIA., los señores Pastor Jiménez y Diocleciano Ramos y García.

Dicha carátula será una verdadera obra de arte, en la que aparecerán combinados el mapa de la República, el plano y el escudo de la ciudad y las vistas más importantes de la población.

Pésame

Ultimamente ha dejado de existir en esta capital la virtuosa y buena señorita MARÍA EUGENIA VIDAURRETA, miembro distinguido de la muy apreciable familia Benedetti.

A sus deudos todos presentamos nuestra sincera expresión de condolencia.

Licor Maravilloso

Habla la historia de la maravillosa *agua de oro*, del muy célebre español Arnaldo de Vilanova, la cual poseía la rara facultad de restaurar las fuerzas más debilitadas, á tal extremo que llegó á calificársela de divina. Hoy, á través de las edades, el Marqués del Mérito hace recordar el prolífico licor con su JEREZ-QUINA, sin igual como tónico aperitivo y antifebrífugo, cualidades que lo hacen sumamente apreciable en estas latitudes en que el paludismo es todopoderoso y tan hondamente agota el organismo. Este JEREZ QUINA, marca Alfonso XIII, es importado directamente por don Antonio Santeugini, y está á la venta, á dos pesos la botella, en su Mueblería, Carrera de Paez, y en el Gran Hotel de España, plaza de Santa Ana.

Teatral

En el teatro *Dal Verme* de Milán se puso en escena el mes de Enero de este año, por primera vez en Italia, la famosa ópera española "Dolores" escrita por el Maestro don Tomás Bretón, Director del Conservatorio de Madrid.

La sala, la noche del estreno, la llenaban los más distinguidos miembros de la sociedad milanese y en ella se hallaban también presentes los más notables críticos musicales.

Esta ópera—cuyo libreto está inspirado en el drama "Dolores" de Feliú y Codina—fué aplaudida calurosamente y después de la representación, le dirigieron varios afamados profesores italianos un telegrama de felicitación al Maestro Bretón.

Con obra así debe ser extrenado el Teatro Nacional que ahora se construye: que el rico idioma de Cervantes y no otro por ningún motivo, sea el que se escuche la noche primera que abra sus puertas al público nuestro Templo de Talía.

Es necesario que á todo trance nos empeñemos en conservar nuestro idioma, hoy amenazado de firme por circunstancias de todos conocidas.

Y próximamente escribiremos varios artículos sobre este particular.

NOTAS

El Señor de Obaldía

Hace algunos días ya que se haya en su tierra natal nuestro grande y buen amigo el señor don José Domingo de Obaldía, Ministro Plenipotenciario de la República en Washington, quien después de una corta permanencia en esta capital siguió el día 10 viaje á David en asuntos de familia.

Nos es grato saludar al señor de Obaldía,

Pío Baroja

El autor de *La Busca*, *Camino de perfección*, *El Mayorazgo de Labraz*, etc., ha lanzado últimamente á los cuatro vientos de la publicidad, su reciente novela titulada *La FERIA de los discretos*.

Mal nos habla de ella en un juicio crítico sobre la tal obra Gómez de Baquero, pues llega á compararla con los libros superficiales del novelador por entregas Manuel Fernández y Gonzáles que sí fué literato de bríos, aunque, por desgracia, por lo mucho que escribió apriesa tiene entre su labor mucho malo.

La FERIA de los discretos de Baroja tiene sus puntos de psicología y ofrece interés. No es novela vulgar y—aunque inferior á las anteriores del mismo intelectual—agradará al público y le dará cosecha de aplausos al estilista.

Nuevo Hogar

Nos participan los jóvenes Antonio Carrillo Vargas y Marquillina Valderrama, en atenta tarjeta, su unión matrimonial celebrada en esta ciudad en el pasado mes de Febrero.

Deseamos sinceramente que en el nuevo hogar reine la felicidad más completa, á la cual son acreedores, por sus bellas prendas morales, los nuevos cónyuges.

Orla negra

En la patria de Pompeyo Gener—en Barcelona de España—ha muerto hace pocos días una linda flor del istmo panamense, una chiquela linda y admirable de sólo quince años de edad. La buena personita de Clara Elvira Moynes ha dejado de existir y llenos de sentimiento sincero le enviamos nuestro pésame á todos sus deudos y muy especialmente á su hermano Carlos—hoy en esta ciudad—y á la madre de la virgen muerta, Doña Elvira Vallarino de Moynes.

Una obra de arte

El reputado dibujante señor don Carlos Bertocini está ejecutando actualmente la carátula para la cubierta de la "GUÍA-DIRECTORIO DE

Blanca de Varelles

NOVELA DE PASION.

De Jean de la Hire.

CAPITULO QUINTO.

I

Omnia vincit amour.

VIRGILIO.

(Continuación)

Una fresca brisa que soplabla suavemente refrigeró sus alientos, secó el sudor de sus frentes y, por una sensación inesperada de frescor, volvió á los amantes á la vida de las cosas presentes. Se levantaron y arreglarón en un instante sus vestidos en desorden, se dirigieron alegremente por un pequeño sendero en zigzag y comenzaron á descender; á lo lejos, las casas blancas de Port-Vendres eran á orillas del mar, como las espumas de las olas. Al cabo de algunos minutos de marcha se volvieron y saludaron gozosamente la torre de la Massane. Impasible, el monstruo de piedra les miró alejarse...

Las cosas tienen una vida mentirosa: quien sabe si la torre no deploraba talvez, el ruido de los besos de esos amantes cuyos frescos murmullos elevándose por las hendiduras de sus muros, la rejuvenecían de quinientos años transportándola á las épocas lejanas en que á los silbidos de las flechas enemigas, detrás de las almenas agrupados, los arqueros se unían á los robustos aldeanos que, todos los días, la guerra echaba de las llanuras circunvecinas?

III

Desaparecía el sol tras la torre Madeloch cuando Blanca y Jacobo llegaron á Port Vendres. De allí cogieron por una callejuela que los condujo al muelle. Un paquebote entraba al puerto. De sus altas chimeneas escapábase una ligera columna de humo que el viento barría á lo largo de la ciudad. En el puente al rededor del camarote de popa, veíase un grupo compacto de pasajeros, entretanto que en tierra, en el lugar en donde debía efectuarse el desembarque, se agolpaba un gentío tumultuoso y mixto. El monstruo, jadeando por sus chimeneas y haciendo remolinos en el agua con la hélice, se volvió magestuosa y pesadamente sobre sí mismo, maniobrando á lo largo del muelle. Echaron las amarras en seguida, y el puente movedizo y fue aquello un bulle-bulle de marineros, de pasajeros, de esportilleros ó ganapanes, de aduaneros y de papañatas: todos se agitaban, llamaban y hablaban en un tumulto indescriptible; las luces rojas del crepúsculo transformaban el puente en una gran arca de sangre. Algunos españoles conocidos por sus chaquetitas de terciopelo, sus grandes cinturones rojos ó azules y sus gorras escarlatas, sucios, con alpargatas agujereadas y pantalones multicolores de corte ajustado, se hacían de los baules y de los paquetes, obsequiosos é inquietos; muchachos corredores de hoteles asían á los pasajeros por las mangas algunos y otros los detenían agarrándoles la maleta y por sobre todo aquel maremágnun pasaba y repasaba el uniforme verde de los aduaneros que silenciosos, palpaban y pesaban.... Aquello duró media hora, después el paquebote se vació de golpe, quedando solo algunos pasajeros en facción cerca de sus baúles que un carruaje debía venir á buscar, entretanto que dos marineros con sus cubos de agua y sus escobas hacían la toilette del coloso ya desembarazado de su carga humana. Blanca y Jacobo emprendieron de nuevo su marcha sobre el muelle: el espectáculo, nuevo para ellos, les había divertido un instante; luego no pensaron más en él y se pusieron en busca de un hotel en donde comer y pasar la noche. El faro, á la entrada del puerto, resplandeció de pronto y un rayo largo de luz tembló sobre el

dique atravesando el agua con una como barra luminosa. Al volver la cabeza para seguir el rayo hasta el fin, Blanca vió una casa en cuyo balcón con grandes letras rojas estaba escrito:

Hotel Durand.

Entraron; en una sala casi cuadrada, una gran mesa se ostentaba con el servicio puesto y rodeada de una docena de otras mesas más pequeñas, para dos personas. La sala estaba desierta y Blanca tuvo necesidad de tocar con la punta de su bastón sobre el pavimento para hacer venir al criado. Con lentitud y aire disgustado, llegó, indicando con el gesto dos cubiertos ante los cuales los jóvenes se sentaron, poniéndose él á encender las lámparas. Esto hecho, volvió hacia los «clientes» y, con voz indiferente, aspera, les dijo:

—Dos comidas, no es eso?

—Sí, dijo Blanca.

El criado se fue negligentemente y, algún tiempo después, apareció con el potaje. Después, apartando las cortinas de una ventana: se puso á tocar sobre los vidrios silvando la *Marsellesa*, con la vista perdida en la sábana sombría del puerto rayado por la luz del faro. Este hombre llevaba en sí y al rededor de sí un fastidio mortal. En la trivialidad de esa sala solitaria al lado de ese criado indiferente como un rostro de imbécil, Blanca, sin saber por qué, se sintió abatida de tristeza: la garganta se le cerró y no tuvo ya hambre comiendo apenas con la punta de los dientes. En cuanto á Jacobo, entregado á sus eternos sueños, obedecía instintivamente á su apetito y devoraba sin ver nada, el potaje que Blanca le servía.

Estando todavía en el hotel, dos hombres entraron, jóvenes, pálidos, llevando vestidos de turistas de un corte irreprochable; descubriéndose, exhibieron largos cabellos peinados y perfumados separados en mitad de la cabeza por una raya tirada á cordel, blanca, y que descendía hasta la nuca; por algunos momentos, con complacencia, se pasaron suavemente sus finas manos sobre la seda luciente de ellos, entretanto que Blanca, contemplándolos, los encontró horriblemente presuntuosos y estúpidos semejándose á dos maniqués.

De una mirada circular inspeccionaron la sala. La belleza de Blanca los hirió y sonrientes, se sentaron á la mesa más próxima. El criado no dejó, para servirles, su aire grotesco y sus maneras pesadas; así como no se había mostrado sensible á la sencillez gentil de Blanca tampoco lo era á la elegancia aristocrática de los recién venidos. Después de haberles traído el inevitable potage, iba á ocupar su puesto delante de la ventana, cuando uno de los dos jóvenes lo llamó.

Dime, hombre! está muy lejos de aquí Baillaury?

—Dos horas y media por la montaña y una hora por Collioure, tomando el tren.

—Es bonito ese lugar?

—Bonito, bonito, eso depende! á mi no me gusta

—Sin embargo, toda vez que se va allí?...

—Es posible, por la capilla que es una antigüedad.

—Y está habitado?

—Oh! sí, hay bien cincuenta personas, luego está al lado el castillo de Bisson-Chantal, con un viejo loco y sus dos nietos.

—Mujeres?

—Una niña y un joven.

—Joven la niña?

—Así parece.

Las preguntas se sucedían. Blanca de súbito con curiosidad ansiosa se puso á escuchar.

—Están allí hace mucho tiempo?... La niña es bonita?... Que edad tiene?... Qué hacen allí solos?...

—Pues ellos duermen juntos, dijo el criado impaciente. Luego, añadió complacientemente, parece que el viejo hace pasar el joven por hijo adoptivo, esto es: un niño encontrado, pero todo el mundo sabe que es su nieto... Y ellos hacen lo que conviene, el hermano y la hermana!.....

Blanca había comprendido: el pan que en ese momento partía se le cayó de las manos y se puso horriblemente pálida.

Al ruido, el criado se volvió, recogió el pan, lo puso sobre la mesa y sus miradas se cruzaron con las de Blanca: la fijeza desesperada de esos ojos y la expresión de terrible sufrimiento que se le retrataba en el rostro, no hizo impresión alguna en el bruto que, tranquilamente, volvió la espalda.

—He aquí el pan.

La emoción de Blanca duró apenas un segundo: la voz del criado la reanimó. Precipitadamente, con las manos temblorosas y el corazón triturado, se puso de nuevo su gorra, fue á tomar en un rincón el saco que colocó sobre las espaldas de Jacobo admirado, no habiendo entendido las terribles palabras del criado, y sin pensar que esa conducta la traicionaba, arrojó cinco francos sobre la mesa.

Partamos!

Y salieron.

Los dos jóvenes no habían salido aún del aturdimiento que les había causado la partida inesperada de su bella vecina, cuando al criado se aproximó y les dijo en voz baja:

—Vaya, apuesto que esos son el hermano y la hermana de quienes yo les hablaba. Todo el mundo sabe su historia: pero esta es la primera vez que se les ve en Port-Vendres.

Y sin pensar en el mal que acababa de hacer con su necedad, el criado comenzó de nuevo á silbar la *Marsellesa* acompañándose con el repiqueteo de los dedos sobre los vidrios de la ventana.

En cuanto á los dos extranjeros, después de un momento de emoción, tuvieron vergüenza de su debilidad moral.

—Iremos? dijo uno de ellos.

—Ya lo creo; pediremos hospitalidad al viejo: la veremos, le hablaremos y será muy divertido contar á nuestros amigos de tertulia el descubrimiento que hemos hecho!

—Muy divertido! un incesto! eso no se vé todos los días!.....

Se pasaron las manos por la cabeza para alisarse el pelo, sonrieron juntos y volvieron á entregarse al placer de la comida.

IV.

Blanca abordó al primer hombre que encontró.

—El camino de Colliure?

Ella lo conocía, pero á través de las calles, no sabía como llegar á él. En la noche que desplegaba su manto, el hombre extendió el brazo y murmuró algunas palabras de indicación. Con paso apresurado, seguida de Jacobo sorprendido, Blanca salió de Port-Vendres. Una vez fuera de los muros, suspiró. Encontrábanse en una altura: entre grandes tortuosidades el camino limitaba de un lado la montaña y del otro dominaba la costa bajo la cual el mar dulcemente murmuraba. Estrellas de oro salpicaban de aquí y de allá el azul sombrío del cielo: una calma adormecedora envolvía la naturaleza. Abatida bajo el peso de una multitud de pensamientos contradictorios, Blanca aflojó el paso. Dos lágrimas pendían de sus párpados que no pensó en enjugar. Oh! el horrible dolor que recorría todo su cuerpo sintiendo como si le subiera y bajara una bola de fuego! y la pena atroz que desgarraba su corazón y oscurecía su espíritu!.....

Mas por qué este dolor y esta pena? Cómo esa palabra brusca del criado del hotel la había tan terriblemente afectado? Era que había sabido que Jacobo, su amante, era su hermano. Y no obstante los libros que había leído, apesar de las escenas de la *Biblia* en donde el incesto es considerado como una cosa muy natural, Blanca conservaba aún un respeto vago por los preceptos que habían regido su educación de pensionaria en el colegio.

Pero, sobretodo, la revelación súbita de esa fraternidad desconocida la había llenado de turbación y de angustia. Por qué? Ella lo ignoraba. Así, sufriendo, al ver su sufrimiento, padeciendo—Blanca no sabía claramente cual

(Continuación)